

LA EXPLICACIÓN TEOLÓGICA DE LOS SACRAMENTOS

Gerhard cardenal MÜLLER

Considero de rabiosa actualidad el presente número de la revista *Phase* que tengo el honor de prologar y que está dedicado al tema de la *explicación teológica de los sacramentos*. Me atrevo a afirmar, por los temas tratados y por el reconocido prestigio de las firmas del mismo, que se trata de una contribución muy valiosa a uno de los desafíos más importantes de la Iglesia del momento presente: me refiero al redescubrimiento de la naturaleza sacramental de su identidad y de su misión, que culminan en la celebración de los sacramentos y, en particular, en la Eucaristía.

Asistimos a una crisis importante de la fe sacramental en cuya raíz subyace la cuestión de la percepción de la realidad del hombre moderno. Este cambio de paradigma global, expresado en la tensión entre racionalismo e idealismo y después entre empirismo, materialismo y positivismo, ha escrito buena parte de la historia reciente e influencia aún hoy nuestra vida cotidiana.

Desde este observatorio privilegiado de la realidad eclesial universal que es la Congregación para la Doctrina de la Fe, observo que uno de los mayores desafíos para el anuncio directo y para la catequesis es la dificultad que tantos experimentan de no poder percibir el ligamen íntimo entre el don de Dios de la gracia sacramental y su relativo signo sensible y material, el cual se correspondería a la naturaleza corpórea del hombre como espíritu encarnado. Gracias a esta peculiaridad y por nuestra capacidad de autotranscendencia espiritual, podemos encontrarnos con Dios

desde la inmediatez personal. A la luz de nuestra naturaleza compuesta, al mismo tiempo corporal y creada, social e interpersonal tanto en el mundo, en el tiempo como en la historia, el encuentro con Dios toma forma visible en la gracia y en la fe.

La sacramentalidad como categoría teológica hace referencia a la unidad entre la autorevelación de Dios en la forma encarnatoria de la gracia, es decir, Cristo, y el culto divino por parte de los hombres, hecho posible por Dios mismo en cualquier aspecto de la vida, sea en la vida de fe o en el seguimiento cotidiano de Cristo: se podría decir que la sacramentalidad se adensa en las relaciones simbólicas litúrgicas, y sacramentales.

Como solución al reto planteado y para una percepción más amplia de la realidad, me parece muy oportuno que se retomase en el campo teológico una relectura antropológica y encarnatoria de la sacramentalidad. Ello comportaría reelaborar la conexión íntima entre la obra salvífica de Jesús en el tiempo histórico de su existencia terrenal, la consiguiente misión de los apóstoles y de la Iglesia inicial postpascual y la continuación de la misma misión salvífica de Cristo de esta última hasta nuestros días. Tal convicción, nacida con la misma Iglesia, se refleja en aquellas palabras de san León Magno que conviene recordar a menudo: «*quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit, in sacramenta transiit*» (*Sermo* 74, 2: CCL 138a, 457; PL 54, 398).

Es también oportuno traer a colación aquí que en el conjunto de los clásicos tratados dogmáticos, el de los sacramentos es el que mejor muestra una correlación con la cristología, ocupando un lugar central entre los tratados relativos a la historia de la salvación, y la eclesiología. Los sacramentos obtienen su eficacia de Cristo, el único que salva, y a la vez transmiten a los hombres la salvación, la cual revelan como prenda de la vida eterna o, lo que es lo mismo, como comunión personal con Dios y con todos los redimidos. Por otra parte, es evidente el ligamen eclesiológico para la mediación de esta misma salvación.

La Constitución del Concilio Vaticano II sobre la sagrada liturgia, por su parte, se expresa en estos términos en su número 7:

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica [...] Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por él tributa culto al Padre eterno. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.

Quisiera también recordar la belleza y profundidad del número 64 de la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, en la que Benedicto XVI ha insistido que todo testigo, «hombre nuevo» y con una fe adulta que le hace capaz de introducir a sus coetáneos en los misterios, muestra siempre un itinerario mistagógico que recorrer, conformado por tres elementos: 1) la interpretación de los ritos a la luz de los eventos salvíficos, en conformidad con la tradición viva de la Iglesia; 2) la introducción al sentido de los signos contenidos en tales ritos, tarea esta particularmente urgente en una época tecnificada como la actual que siempre tiende a perder la capacidad perceptiva en relación a los signos y a los símbolos; 3) el significado de aquellos ritos en relación con la vida cristiana.

Redescubrir y profundizar desde la reflexión teológica los sacramentos como hacen los colaboradores de *Phase* y, especialmente, sus lectores, será siempre una tarea pendiente para la Iglesia en general y para aquellos que se dedican a la práctica pastoral cotidiana y a la enseñanza en concreto.

Termino con una reflexión que acabo de realizar en mi libro *Informe sobre la esperanza* (Madrid: BAC 2016), homenaje a mi predecesor en la Congregación, el entonces cardenal J. Ratzinger, en el cual intento responder a la llamada del papa Francisco en el número 167 de *Evangelii gaudium* a atrevernos a encontrar «nueva carne para la transmisión de la Palabra»:

¿Qué decimos en cambio como católicos? Nosotros afirmamos que ya y ahora, en la presencia real de la Eucaristía, tenemos la totalidad, la entera realidad de Cristo: la misma que se nos anticipa totalmente en los demás sacramentos. Ciertamente, llevamos esta «totalidad» en vasos de barro (cf. 1Cor 4,7-15), para expresar así que no es algo que tengamos por mérito nuestro. Por ello, es propio del cristiano dar siempre gracias por esta totalidad de salvación que ya se nos ha entregado. Los católicos no comprendemos al modo platónico la presencia sacramental encarnada entre nosotros, es decir, como si esperando un futuro ideal, nosuviésemos que contentar con unos simples signos que lo anuncian. No: en los sacramentos, signos eficaces de la gracia, se nos ha dado ya el tesoro, la totalidad. Esto es algo radical y nuevo. Aquí encontramos el verdadero fundamento del realismo cristiano [...] El Evangelio ha tomado carne en la Iglesia, se ha hecho modo concreto de caminar y de vivir, ha dado lugar a prácticas sociales, a modos de trabajar, de hacer fiesta, de relacionarse y de expresarse, de vivir en familia o de llevar una enfermedad o una desgracia, que hacen posible caminar en confianza. La visión de una esperanza puramente centrada en el más allá podría derivar en una cierta negligencia con respecto a las tareas y a las esperanzas propias de este mundo [...] Creemos y vivimos en una unidad dinámica, en tensión, entre las responsabilidades de este mundo, las cuales tienen mucha importancia para la vida eterna y la vida que continua en modo ya pleno y definitivo tras la muerte. El mismo Dios es el que abarca estas dos dimensiones de la esperanza: el presente y el más allá. La nueva creación será consumación del cielo y de la tierra, de toda la historia humana, de todas las cosas particulares (pp. 20-21).

Gerhard cardenal MÜLLER

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.